

El señor Quillet cerró la puerta con violencia detrás de ella.

El gas estaba ya apagado.

Teresa bajó como pudo, tropezando, con riesgo de caer, y llegó al patio.

La costó trabajo despertar al portero, y por fin se encontró en la calle.

Era la primera vez que estaba fuera de su casa á aquellas horas.

Llena de terror, temblando de emoción, marchó muy de prisa á través de los muelles, atravesó el Sena por el puente de los Santos Padres y llegó tiritando, pero sin accidente alguno á la calle del Echaudé. La señora Guignard que dormía á más y mejor, se despertó al oír la campanilla, para volver á caer otra vez en la pesadez del primer sueño. La desgraciada joven subió la escalera á tientas, como había bajado la de la calle Vivienne.

No había visto un coche de alquiler parado á la entrada de la calle del Echaudé, en el boulevard de San Germán.

Desde aquel coche acechaba un hombre su llegada.

Era el señor Quillet.

Minutos después de la salida de Teresa, el hombre, lleno de remordimientos se había puesto en persecución de ella diciéndose con terror:

—¡Con tal que no vaya á echarse al río!

Al verla al fin, respiró, y ya tranquilo, cuando la puerta de su inmueble se cerró detrás de ella, dijo al cochero:

—A la calle Vivienne.

XI

Correspondencias.

El señor Jacobo Morteus á Marcellus, organista de la Hotkirche en Lucerna (Suiza).

«Mi querido hijo:

»No os he contestado antes porque hace unas semanas que no me encuentro bien.

»Un enfriamiento me ha ocasionado una especie de pneumonía de la que he salido ya, según afirman los doctores.

»Lo malo de estas pneumonías es que vuelven cuando uno menos lo piensa.

»Desde vuestra partida la casa ha cambiado de aspecto, á mis ojos al menos, y yo creo también que á los del señor Silas Barker.

»El pobre hombre os hecha de menos ciertamente.

»Pero vos le conocéis.

»El guarda sus impresiones para sí.

»No obstante, esta aventura ha sido un golpe para él, y si conserva la actividad de siempre, ha perdido su buen humor.

»La señora Barker ha comprado un hotel en París, en la plaza Wagram; le ha costado un millón, lo que representa un cierto número de pianos y órganos que fabricar, pero la caja es buena y se llena á menudo.

»Ya sabéis que Minnie es la única heredera de la familia.

»¡Esos parisienses son admirables!

»¡Cuantos barones, marqueses y condes trocados habrá que se alegrarían mucho de poder poner la mano sobre la dote.

»Parece que abundan los pretendientes.

»El señor Silas se encoge de hombros, pero adora á Minnie y hará lo que ella quiera.

»Minnie habla con frecuencia de vos en las cartas que escribe á su padre, casi todos los días y le habla con gran sentimiento.

»Sin embargo, las últimas me parecen menos tristes.

»París produce su efecto en el espíritu de la pobre joven.

»¿Queréis que os diga el fondo de mi pensamiento?

»Pues bien; si no hubiera sido por la desgracia de vuestra familia, yo no os hubiera compadecido.

»Más bien os hubiera envidiado.

»¿Qué hay preferible á la paz de que gozáis, en medio de esas buenas gentes, en uno de los mejores paisajes del mundo, con la satisfacción del deber cumplido, la salud y el consuelo del arte y la juventud?

»El señor Silas ha estado aquí hace un momento.

»Yo estaba escribiendo.

»Se ha inclinado y ha comprendido que era á vos.

»Este hombre tan fuerte, tan enérgico, ha tenido un momento de emoción.

»Ha exclamado:

»—¡Ah! Mertens, decidle lo mucho que...

»Y ha salido sin poder concluir.

»En resumen, se os quería aquí, mi pobre Marcelo; se os apreciaba en lo que valeis, y se os echará de menos largo tiempo.

»Vuestro antiguo maestro y siempre amigo

»JACOBO MERTENS.»

Juan Montarón al vizconde de Fleuse.—Hotel Halifax, en Brisbane (Australia).

«Mi querido vizconde:

»Comienzo á desesperar.

»Ni una noticia de Teresa.

»A pesar de mil excursiones por París, no he podido averiguar nada.

»Sigo ocupándome de mi trabajo en esta casa, y ya me tenéis casi al corriente de los primores del oficio.

»Llego al punto que más os interesa, y no sé cómo deciros la verdad.

»Se que sois valiente y que soportaréis este golpe de la suerte como habéis soportado tantos otros y por eso entro de lleno en el asunto.

»Hé aquí lo que ocurre:

»Habiais colocado mal vuestro cariño.

»Vuestra querida Angela no era tal como la suponiais.

»He ido á la calle de Verneuil en donde he encontrado, como me habiais anunciado, unos porteros muy complacientes y muy honrados.

»Les dije que era un amigo del señor de Fleuse.

»Vuestro nombre pareció alegrarles y recordarles cosas agradables.

»—¡Ah! sí—exclamó el portero;—¡el señor de Fleuse es un digno joven!

»—Un buen muchacho añadió la portera, y nada orgulloso. ¿Dónde está?

»—Ha ido á tratar de restablecer su fortuna que perdió en parte...

»—En la Bolsa, lo sé. ¿Y va bien el asunto?

»Pensé en las promesas del señor Turner y respondí:

»—Sí, no es más que cuestión de tiempo.

»—¿Cuánto?

»—No se puede saber, de siete á ocho años tal vez. Ha hecho un negocio soberbio.

»—Mucho me alegro.

»La portera, más inteligente que su marido, me miraba con curiosidad.

»Por fin me dijo:

»—¿Venís á adquirir noticias sobre la pequeña?

»—Justamente... El vizconde me ha suplido...

»—¿Estabáis con él?

»—Sí.

»—¿Dónde?

»—En Australia.

»—¿Es lejos, eso?

»—Bastante... Unas cuantas miles de leguas.

»—¿Tanto?

»—Se necesitan treinta días en vapor para llegar y eso marchando bien.

»—Pues bien, decid á vuestro amigo que no

se tome el trabajo de venir, si es por la señorita. No merece la pena, en verdad.

»—¿Por qué?

»—No había apenas marchado él, aunque la había dejado con qué vivir, cuando ella había ya tomado otro...

»—¿Nos entendemos?—Hablamos de la señorita Angela.

»—Sí, sí, de Angela Duprat, la amiga del señor Fleuse, que la colmaba de todo... Ella debía conocer al individuo con quien se ha marchado... Salió de la casa llevándose los muebles para ir á vivir á la calle Poissonniere. Parece que se ha casado.

»—¿Con quién?

»—Con el individuo que la sacó de aquí.

»—¿En qué se ocupa?

»—Es peluquero. Le ha puesto tienda ella.

»La portera me dijo la calle y el número donde estaba el establecimiento.

»—Id allá—me dijo.—La veréis á ella.

»A fin de poder daros noticias ciertas, seguí el consejo de la portera.

»El peluquero es un chisgaravís que no tiene buena cara.

»De un papirotazo se le pegaría á la pared.

»Yo creo que vuestra antigua amiga echa de menos su pasado y está pesarosa por la tontería que ha hecho.

»El establecimiento es bastante lujoso, pero la patrona me parece triste y de mal humor.

»Me ha sido fácil averiguar lo que os cuento. Si no os lo escribi en seguida, fué porque las malas noticias llegan siempre muy pronto.

»Y porque además esperaba dáros las buenas de otra parte.

»Pero nada aún.

»Se me ha metido en la cabeza ir á la Boca del Lobo á ver á Pedro y á nuestra madre.

»He podido hacer algunas economías. Pienso salir el sábado, sorprender á aquella buena gente y volverme en seguida á mi puesto.

»Estoy tranquilo y nadie piensa siquiera en mí, estoy seguro.

»Me ocupo de mi trabajo con conciencia, y me atrevo á decir que estoy muy bien visto en la casa Morard.

»Se creería que soy uno de sus pilares, y que me conocen desde hace veinte años.

»No tardaré en escribiros de nuevo, y espero tener mejores noticias que daros.

»Nada me lo prueba, pero es una idea que tengo.

»Vuestro afectísimo,

»JUAN.»

«Cuando haya perdido toda esperanza de encontrar á Teresa y haya visto á mi madre y á mi hermano, si me necesitais, no teneis más que decírmelo.»

Guillermo Montarón á Juan Aron, en casa de los señores Morard, hermanos, horticultores en Bolonia, cerca de París.

«Mi querido Juan:

»Mi compañero me ha cedido hoy el puesto.

»La noticia que le has dado le ha tenido muy triste durante una porción de días.

»Quería á esa joven y me hablaba de ella á menudo.

»Gozaba con la idea de enriquecerla y aun pensaba en casarme con ella.

»Hoy me parece más tranquilo.

»Pero la perfidia y la ligereza de esa mujer le han desengañado.

»Hoy está de caza de patos acompañado por nuestro negro.

»El río está lleno de aves y esto es un recurso para nosotros. Todos los días tenemos asados.

»Todo marcha bien.

»Decididamente el respetable Turner se portó lo más honradamente del mundo.

»Los productos obtenidos hasta hoy superan á lo que él nos decía.

»Acabamos de vender en Brisbane los bueyes que hemos podido sacar sin perjuicio de nuestras posesiones, y esto, unido al producto de nuestras lanas que son excelentes, nos ha dado unos cuarenta mil francos de beneficio.

»El año que viene, á menos de una desgracia imprevista, obtendremos el doble, y la renta aumentará en los años siguientes.

»El señor de Fleuse me ordena que te envíe dos mil francos.

»Tiene un corazón de oro.

»No quiere que á sus socios—y dice que todo es común entre nosotros,—les falte dinero.

»He tenido que conformarme con su deseo, so pena de contrariarle.

»Te acompaño un cheque por esa cantidad, y lo podrás cobrar cuando quieras.

»No habrá ninguna dificultad.

»El banquero está advertido.

»Sí, como dices, no necesitas nada, envía algún dinero á casa y encarga á Pedro que reembolse á nuestro amigo el cazador de topos lo que me ha, no prestado, sino dado.

»Guardarás el resto para Teresa y para tí.

»Espero que por fin la encontrarás.

»Principio á creer que en unos cuantos años de buen trabajo llegaremos, sino á hacer una fortuna, al menos á poder vivir con desahogo el resto de nuestros días.

»Hemos comprado ya algunas parcelas de terreno limítrofe con la finca y esperamos con el tiempo adquirir mucho más.

»No tenemos mucho dinero y debemos dedicar el que podamos á aumentar nuestros negocios poco á poco.

»Apruebo tu proyecto de ir á ver á nuestra madre y hermano.

»Pero te encargo que tomes grandes precauciones.

»Dí á madre y á Pedro, que se tranquilicen y que tengo grandes esperanzas.

»Yo creo que pagaremos fácilmente nuestras deudas en uno ó dos años, y que por esa parte nada tenemos que temer. Para el resto, mi pobre Juan, es preciso esperar el porvenir.

»No te ocultaré que nos haces mucha falta, pero me alegro que estés en París, seguro de que harás lo que yo en tu lugar haría por Teresa y los nuestros.

»De Fleuse te profesa una verdadera amistad, y te advierto que no es hombre que la prodigue.

»Es un carácter seguro y generoso.

»Creo que estamos unidos para toda nuestra vida.

»Hasta otra, querido Juan.

»Pensamos en tí con frecuencia, y es una verdadera satisfacción para nosotros recibir tus cartas, sobre todo si no contienen noticias como la última que dabas al barón.

»Te abrazo por él y por mí.

»GUILLERMO.

»P. D. Llega de Fleuse.

»Ha hecho una caza milagrosa.

»Está muy contento.

»Me ha dicho:

»—A fe mía que ya no pienso en Angela.

»Esto tal vez no sea del todo verdad; pero si no lo es hoy, lo será mañana.

»G.»

Fernanda de Corbiere al conde Gabriel de Corbiere, hotel de la Metrópoli, en Interlaken (Suiza).

«Mi querido Gabriel:

»Estamos en la Ferté.

»Jamás me ha parecido tan triste esta casa.

»Yo hubiera querido que mi madre nos hubiese dejado en París, desde donde hubiéramos ido á Fontaine cuando ella hubiera querido.

»Pero desde que la dije que yo era aún muy joven para casarme y que deseo conservar mi libertad uno ó dos años todavía, se muestra de tal modo voluntariosa conmigo, y diría irascible y tirana si no fuese por lo mucho que la respeto, que la vida se me hace verdaderamente difícil.

»Yo la encuentro muy cambiada, y sobre todo á partir de una visita que la hizo el señor Letanneur de la Gigonniere, te acordarás de este señor, el abogado que defendió á los Montarón en el asunto de Blois.

»Desde entonces apenas si me dirige la palabra.

»No te ocultaré que está casi furiosa por mi negativa de casarme con su favorito el marqués de Sauves.

»No sé en verdad cómo son tan amigos, porque parecen el agua y el fuego.

»Huberto es de carácter franco, alegre, comunicativo, generoso, y yo me complazco en reconocerle una multitud de buenas cualidades.

»Pero de eso á casarme con él con una precipitación que no me deja tiempo para reflexionar, hay una gran distancia.

»No estoy decidida á ello, no, no.

»Quiero esperar.

»Veré más tarde si es tiempo aún.

»Llego al objeto de mi carta.

»Mi querido Gabriel, si tuvieses un poco de compasión por mí, escribirías á mi digna madre para decirle que quieres tenerme á tu lado unos días y que sería muy amable en en-

viarme á Interlaken acompañada de mi doncella.

»Entretanto paseo á caballo por el bosque de la Ferté, completamente sola; corro por el campo, voy á ver al cura, toco alguna que otra vez el órgano, que he hecho arreglar y ha quedado muy bien.

»Y, por fin, tengo el gusto de ver á Barason, que se erce de día en día en esta casa, dando órdenes y rivalizando en influencia con Launay, á quien mi madre ha traído este año á la Ferté, y cuyos pasos me parecen siempre muy extraños.

»Esta fea jorobada, rueda y huronea sin cesar por todas partes con el ardor del gato que acecha á un ratón.

»¿Qué busca?

»Lo ignoro, pero seguramente busca algo.

»Estos dos seres me son antipáticos en extremo.

»No recibimos y no vemos á nadie.

»Yo podría creer que mi madre quiere hacerme la vida presente bastante odiosa para hacerme aspirar después á la tierra prometida del matrimonio.

»Esta maniobra no es acertada.

»Tengo yo una cabecita sumamente dura y obstinada.

»Tal vez hubiera consentido en ese matrimonio desde hace mucho tiempo, si se hubiera insistido menos en favor de ese pretendiente.

»Si tú puedes proporcionar una pequeña distracción á mis ligeros aburrimientos, mi